

Olor a kerosene

Diego Alberto Nuñez



Capítulo 1

OLOR A KEROSENE

Los aromas son como máquinas del tiempo: nos trasladan a otras épocas de la vida, a otros años, generalmente arraigados a momentos de una infancia naciente, incluso quizás antes de ser conscientes de nuestra existencia. Otras veces son más actuales, como el perfume de una reciente pérdida o el de un amorío adolescente. A veces explotan tras una eternidad, como el magma de un volcán dormido entre los barrotes de la jaula de nuestros huesos. Y, también a veces, necesitan de un detonador que produzca esa chispa necesaria. Son momentos mágicos que nos hacen viajar, retrocediendo varios peldaños en la escalera de nuestra vida.

El olor de la crema de afeitar, por ejemplo, precintado a los recuerdos de mi abuelo. Allí me veo, apenas una personita que no llega a la altura de la piletita del baño, junto a aquel hombre canoso de mirada serena, pero a la vez astuta, con sus dedos amarillos por el tabaco, embebidos por el penetrante olor a cigarrillo.

Una vez me preguntaron acerca de los aromas que automáticamente me transportaban a los mejores momentos de mi infancia y a esos tiempos antes de la adultez, desbordantes de ingenuidad y felicidad, a lo cual respondí, sin un ápice de duda, que podía nombrar dos ejemplos. El "olor a asado" es uno de ellos. Me lleva a las reuniones familiares, perdidas hace mucho, mucho tiempo, incluso antes de la adolescencia. Veo a mis tíos, junto a la parrilla y botellas de cerveza vacías a un lado de ésta; el griterío de los primos, ansiosos, esperando que llegara la hora de abrir los regalos en Nochebuena; mi abuela quejándose de cualquier cosa; los chismes y las risas, explosiones de carcajadas alimentadas con litros de alcohol...

Y después hay otro aroma, el cual no tiene punto de comparación con ningún otro, mucho más íntimo, ligado a un reducido grupo de personas. Tal vez por eso sea que nunca puedo evitar un cosquilleo en mis entrañas al rememorar ese olor tan particular. Cuando era niño vivía en una pequeña casa, apenas algo más que una prefabricada. No había gas natural, teniendo que utilizar garrafas para la cocina y, en los tiempos invernales, una estufa a kerosene, a la cual recuerdo ver allí, sobre el suelo de baldosas oscuras, cuando mis piernas rechonchas todavía no podían mantener mi cuerpo en pie. Era un artefacto bastante oloroso, sobre todo si uno no le cambiaba la mecha que tenía en su interior, cosa que servía para embeberse en el kerosene y que, una vez encendida, hacía enrojecer una rejilla metálica proveedora del calor que llenaba el ambiente. A veces el olor era agobiante, mezclando el del kerosene con la mecha vieja y quemada. Aun cuando ésta era reemplazada, el olor al

líquido inflamable todavía persistía en el aire. Para mí, ese olor no resultaba molesto en lo absoluto, y tal vez sea por eso que, al percibir esa fuerte fragancia en el transcurso de los años posteriores, ésta produce en mi un efecto casi narcótico, llevándome a un viaje placentero a esos años. Es entonces cuando veo a mi mamá sentada en el viejo y destrozado sofá, tomando un té; a mi hermana junto a mí, delante de la tele mirando dibujitos animados. Y a mi papá, al lado nuestro, riendo también.

Ese olor a kerosene transforma mi mundo, recreando la sala de mi casa, con esa estufa en el centro, irradiando su calor reconfortante. Ahí estoy junto a mi mamá, durante mis primeras trasnochadas, mirando alguna película a la una de la madrugada, con mi cuerpo estremecido y ansioso al estar despierto hasta tan entrada la noche. Ese olor es la verdadera máquina del tiempo, al menos para mí. Es un viaje en el tiempo sensorial, potente; convierte los tiempos frustrantes de un adulto en la más pura e inocente felicidad. A veces también me veo en el viejo Fiat de la familia, yendo con mi papá a comprar ese aromático líquido inflamable para alimentar la estufa, en pleno invierno, incluso bajo las más amenazantes nubes tormentosas. Tras cargar el botellón de vidrio de la estufa, los dedos de mi papá quedaban impregnados con ese olor. Pero no importaba: la casa se sumía durante horas en la reconfortante calidez del fuego, como así también en el penetrante olor del kerosene.

Los olores son el combustible de la nostalgia. La gran mayoría asegura que son las imágenes los verdaderos formadores de recuerdos, porque es lo primero que nos encandila, lo que apabulla nuestro cerebro, con dicha o con tristeza indiscriminadamente. Pero para mí, los olores son el motor que pone en funcionamiento los engranajes de la maquinaria del recuerdo. Y lo que más me gusta de ellos es que suponen un divertido acertijo, puesto que un sólo aroma puede evocar varios recuerdos. Por ejemplo, tomemos el olor de la acetona. Éste puede rememorar a mi mamá, quitándose el esmalte de las uñas; o, siendo algo más específicos, a la masilla que yo utilizaba para mis maquetas de aviones.

Otro buen ejemplo sería el olor de la carne podrida. Yo podría pasar momentos divertidos revolviendo el cajón de los recuerdos, intentando descubrir el instante exacto de mi vida en el que ese aroma particular tomó mayor relevancia. Si tengo que elegir entre aquel día en el que "robé" un pedazo de carne de la heladera y lo enterré en el jardín para luego desenterrarlo un par de días después, o aquella tarde en la que mi papá trajo un gato muerto con la intención de cortarle la cabeza para luego conservar el cráneo, debo admitir que me quedo con esto último. Lástima que mi mamá lo haya tirado a la basura, porque el olor era, según ella, insoportable.

Yo no considero que existan aromas "ricos" o aromas "feos". A muchos, el ya mencionado olor del kerosene les puede generar un gran rechazo, aun estando ligado a momentos reconfortantes como el de la estufa de mi

infancia. Lo repelen, les produce muecas de desaprobación, a pesar de la belleza que pueden evocar. Yo los disfruto; los dejo invadir mi interior; los dejo fluir por mis fosas nasales hasta llegar a mis pulmones, no sin antes sufrir una metamorfosis en mi cerebro, convirtiéndose en fabricantes de memorias perdidas. Vuelvo a oler profundamente el kerosene y de nuevo mi mamá se corporiza, cual ectoplasma, con el mate en la mano y riendo ante la televisión. Mi primer perro toma forma y se enrosca ante la estufa. Y también mi papá, golpeándome con un palo de escoba por haber volcado el bidón de kerosene al intentar manipularlo sin su supervisión, haciendo que la sangre comience a manar, caliente, sobre mi frente.

En algunos de esos fantásticos viajes cabalgando en los recuerdos, mi hermana ya no está a mi lado. La estufa que compartíamos sí está, pero ella no. Un día la llevaron al doctor y nunca más volvió. Mi mamá dijo que ella había estado ayudando a mi papá a cortar las ramas de un gran árbol que crecía en el patio; se había caído y golpeado la cabeza muy fuerte, mientras yo estaba adentro, jugando al Coleco Vision, algo adormecido por el calor de la estufa y embriagado por el olor a kerosene.

Son muy pocos los aromas que logran encender en mí algún recuerdo significativo relacionado al verano. Tal vez el más importante sea el del cloro del agua, aunque no siempre lo usábamos en la vieja y descosida pileta de lona que armábamos en el patio, porque, con el frondoso árbol y su interminable caída de hojas, mantener limpia el agua era una tarea muy frustrante.

Quizás, en esas épocas calurosas, también resultaba algo notorio el olor característico de las brisas premonitorias de fuertes tormentas; o el fresco aroma que la lluvia siempre deja tras su paso, mezclado con el del barro espeso formado en los pozos donde alguna que otra baldosa había sido arrancada en tiempos olvidados. Generalmente, si huelo ese olor de la lluvia, se crean esos recuerdos de juegos infantiles en los charcos, pero no siempre es así. A veces, el olor de la lluvia veraniega no logra profundizar lo necesario como para reflotar alguno de esos momentos, fundiéndose todo en una marisma indefinida de siluetas borrosas, gritos de mujer y exclamaciones de furia. A veces, en estos indescifrables recuerdos, puedo escuchar un chapoteo lodoso y todo se vuelve negro, al tiempo que una fuerza superior presiona la parte trasera de mi cráneo y no deja que me levante. Mis pulmones están a punto de colapsar y lo negro delante de mis ojos empieza a llenarse de puntos luminosos, hasta que esa fuerza que me aprisiona cede, pero se aferra a mis cabellos y me levanta, alejándome del lodo, con la forma de mi rostro allí grabada.

Por suerte, siempre está el aroma del kerosene para trasportarme nuevamente a momentos mucho más agradables y nítidos, o, al menos, no tan confusos. Porque éste siempre está allí para estirar sus brazos y envolverme en su calidez, incluso cuando los tentáculos resbaladizos de los momentos que siempre traté de enterrar en los pliegues de mi mente,

intentan estirarse para enroscarse en mí, pujando por arrastrarme a las profundidades de la locura. Y cuando esto ocurre, mi amigo se presenta; mi aliado y compañero, mi pilar. Es extraño, pero siempre funciona. El kerosene es mi escudo.

Cuando alguien alcanza la adultez tiende a olvidar la belleza de la infancia, cubriéndola con toneladas de ilusiones y proyectos que nunca llegan a nada, aplastados por los manotazos que te da la vida, uno tras otro, sin descanso. El adulto se convierte en un zombi hambriento de espejismos, encandilado por luces de colores que siempre se mantienen a la misma distancia, lejos, como esos sueños en los que corremos por un pasillo interminable. Lo peor es que nadie se da por vencido, e insisten, todos los días, en alcanzar el final de ese camino, sin darse cuenta que todo eso es como uno de esos juegos mecánicos en los que se quiere sacar un peluche con una pinza inútil, preparada para jamás lograrlo.

Pero ese no es mi caso. Mi vida tiene un objetivo simple y conciso. Jamás fue el alcanzar el final del pasillo o lograr derrotar a esa pinza enclenque. Lo mío está encaminado; es un mecanismo aceitado de precisión milimétrica. Sí, sé que algún día puede terminar todo, incluso de manera desastrosa; pero todavía estoy acá, alimentando mi ansiedad con cada minuto que transcurre, esperando el siguiente paso en el camino que elegí, un camino sin final, pero elegido de esa forma por voluntad propia. No me autoimpuse objetivos ridículos, instigados por una sociedad y sus estúpidas reglas que pocos osan enfrentar. Yo soy feliz en el trayecto que actualmente tránsito, sin curvas pronunciadas ni finales imposibles de alcanzar, porque, sencillamente, ino tengo un final por alcanzar!

Lo que hago, lo hago con la exactitud de un cirujano cerebral ejerciendo una intervención microscópica. No puedo dejar nada librado al azar. Cada vez que ocurre, es como la explosión de una supernova: un estallido de violencia estremecedor; pero, a la vez, una belleza superlativa se derrama con el ímpetu del agua de una represa abierta. Es la transmutación de lo horroroso en lo precioso.

El punto culminante no es la indescriptible sensación que recorre mi cuerpo al deslizar mis labios sobre el frío marmóreo de un cuerpo inanimado; tampoco lo es el verlo inmóvil sobre la cama, como un momento del tiempo congelado o un hermoso despojo de lo que alguna vez fue en vida. Nada de eso me llena completamente. Es lo que viene después lo realmente satisfactorio, la verdadera apoteosis: el olor del kerosene en el patio de la casa en medio de la nada, alejada de cualquier murmullo, de todo oído indiscreto, de todo ojo que guste espiar por las hendidias de lo prohibido.

Es ese olor del kerosene, mezclado con el de la carne consumiéndose por las llamas danzantes de una hoguera, en la oscuridad de noches sin luna y donde el frío de la carne y de la piel de mi último invitado comienza su

metamorfosis final, la cúspide de mi montaña personal. Es un lugar que quisiera visitar con una frecuencia mayor, pero sé que, si quiero proseguir en este viaje, tengo que conformarme sin introducir variaciones importantes.

Pero la espera siempre vale la pena, puesto que es durante esos momentos de éxtasis primitivo cuando siento que mi vida está completa; y que nada de lo que suceda, mientras el mundo gire, tendrá mayor relevancia.